

esto es, con toda aquella exactitud, con todo aquel fervor, respeto y contrición que pide esta parte del sacramento. Cuando la oración, la limosna, el ayuno, son penitencias, ó satisfacciones sacramentales, deben hacerse con mucha piedad y devoción. Las mortificaciones del cuerpo sirven para fomentar la inocencia, y para satisfacer á la divina justicia por los pecados. No des oídos á tu delicadeza, ni mucho menos á tu repugnancia; pero tampoco hagas nada sin consejo y aprobacion de tu confesor.

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN TIMON, uno de los siete primeros diaconos, el cual primeramente predicó en Berea, y despues, esparciendo la semilla evangélica, llegó hasta Corinto, en donde, segun se dice, los judios y los griegos lo echaron en una hoguera, y habiendo salido de ella ileso, lo crucificaron, y consiguió la palma del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES HERMOGENES, CAYO, EXPEDITO, ARISTONICO, RUFO Y GALATA, en Militina en Armenia, martirizados todos en un mismo dia. (*Véase su noticia en este dia.*)

EL MARTIRIO DE SAN VICENTE, mártir, en Colibre de la España Tarraconense. (*Véase su vida en las de este dia.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES SÓCRATES Y DIONISIO, en el mismo dia, los cuales fueron traspasados con lanzas.

SAN PAFNUCIO, mártir, en Jerusalem.

SAN ELFEGO, obispo y mártir, en Cantorbery en Inglaterra.

SAN JORGE, obispo, en Antioquia de Pisidia, el cual murió desterrado por defender el culto de las sagradas imágenes.

SAN LEON IX, papa, en Roma, esclarecido en virtudes y milagros. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN URSINARO, obispo, en el monasterio de Lobes.

SAN CRESCENCIO, confesor, en Florencia, discipulo de S. Zenobio, obispo.

SAN LEON, NONO DE ESTE NOMBRE, PAPA.

SAN LEON, tan conocido en el mundo con el nombre de Bruno, antes de haber ascendido al sumo pontificado, fué de la ilustre casa de Abspurg, en la Alsacia, hijo de Hugo, pariente cercano del emperador Conrado, y de Eleveyda, de familia no menos noble, pero de mas ilustre virtud. Nació en el condado de Abspurg el año de 1002. Luego que nació se percibieron esparcidas sobre el cuerpecito del niño varias cruces pequeñas de color rojo: pronóstico de santidad, que añadido á una extraordina-



S. LEON PAPA.

ria vision que tuvo su madre antes que le pariese, le obligó á criarle ella misma á sus pechos, no queriendo fiar á otras personas su primera educacion.

El bello natural de Bruno, su docilidad, su inclinacion nativa á todo lo bueno, y su prudencia anticipada, ahorraron mucho trabajo, ó dejaron poco que hacer á su virtuosa madre, que habiéndole educado por si misma hasta la edad de cinco años, le entregó á Bertoldo, obispo de Toul, para que le criase en virtud, y le enseñase las letras. Este santo prelado, uno de los mas célebres de su siglo, escogió escelentes maestros que instruyesen al niño en las ciencias propias de un jóven de su calidad, que se iba destinando para la Iglesia, y él mismo se encargó de cultivarle en lo que tocaba á las costumbres.

Era Bruno no menos perspicaz en el ingenio, que galan en el cuerpo: templaba su natural vivacidad una dulzura y una modestia que hechizaba á cuantos le veian. Su airoso despejo, su noble ingenuidad, y sus gratisimos modales le hacian recomendable á cuantos le veian. Hizo maravillosos progresos en las ciencias, y no menores en la virtud. Apenas se hablaba de otra cosa que del caballerito de Abspurg, y en todas partes le proponian por ejemplar y por modelo. Habiéndole sanado milagrosamente S. Benito de una mortal enfermedad, que le redujo á los últimos extremos, pensaba en retirarse del mundo, cuando fué provisto en un canonicato de Toul por el obispo Heriman, sucesor de Bertoldo. Ningun canónigo le escedió jamás en la ejemplar regularidad de su vida. Pero el emperador Conrado quiso tenerle en la corte para servirse de sus consejos. No inficionó á su virtud el contagioso aire del gran mundo, ni apareció en la corte como abate cortesano, sino como un eclesiástico santo y sabio, haciéndose igualmente amar que respetar de todos los cortesanos por su modestia, por su prudencia y por su circunspeccion, estendiéndose su reputacion por toda la Europa.

Muerto el obispo Heriman el año de 1026, la iglesia de Toul le eligió por su pastor. Mostró poco gusto el emperador de que quisiesen quitarle de su lado á un sugeto á quien amaba tanto, y cuya presencia era tan importante para su imperial servicio. Pero el haber de alejarse de la corte, y la cortedad del obispado que eran los motivos de la oposicion del emperador, fueron puntualmente los que incitaron al nuevo obispo á consentir en su eleccion. Fué consagrado por el arzobispo de Tréveris, su metropolitano, y en sus órdenes recibió, con la plenitud del sacerdocio, aquella plenitud del Espíritu Santo, que le hizo uno de los mas santos prelados de su siglo.

Inspiróle nuevo fervor la nueva dignidad, y se conoció presto en su obispado lo mucho que se gana en tener á un santo por obispo. Los primeros frutos de su zelo fueron la reforma de los monasterios de Moyen Moutier, y de S. Mansú, con la del clero y el pueblo. Aplicóse con particular cuidado á arreglar el culto divino en las iglesias, queriendo que se celebrase en todas con devocion y con majestad. Parecia que ya no habia pobres en el obispado de Toul desde que Bruno habia entrado á ser obispo, segun el desvelo con que atendia su caridad á socorrer á todos los necesitados, sin pasarse dia alguno, por ocupaciones que ocurriesen, en que él mismo no sirviese por sus manos á una banda de pobres á quienes mantenía, y despues los lavaba los pies. Era su humildad asunto de admiracion á cuantos conocian sus elevados talentos; estaba justamente reputado por uno de los hombres mas sabios de su siglo, y no habia en sus ojos hombre mas pequeño. Ocultaba una grande mortificacion debajo de un exterior apacible, risueño, afable y majestuoso. Colocaba su magnificencia en las limosnas: y sus continuos ayunos, la frugalidad de su mesa y su abstinencia, eran efecto igualmente de su mortificacion que de su caridad. Correspondia á todas las demás virtudes su tierna devocion. Siempre que celebraba el santo sacrificio de la misa derramaba muchas lágrimas, y el tierno amor que profesaba á la santísima Virgen le acreditó por uno de los mas fervorosos devotos de esta Señora.

No era posible que faltasen la persecucion y la envidia á una virtud tan ilustre como rara. En una y otra halló nuestro santo prelado bastante materia en que ejercitar su paciencia. Procuraron por todos los medios posibles hacer sospechosa su fidelidad al emperador; pero fué mas feliz la calumnia en enconar contra Bruno el ánimo de un conde muy poderoso, vecino suyo, llamado Odon. Y si la paciencia y la mansedumbre de nuestro Santo no bastaron para desarmar el enojo de aquel violento enemigo, fueron bastantes para ganar el corazon de cuantos conocian las furiosas violencias y las injustas pretensiones del irritado conde; pero una muerte repentina y funesta vengó presto al pacientísimo prelado.

Por este tiempo el bien de la Iglesia y del Estado obligaron al obispo de Toul á encargarse de negociar una paz estable entre la Francia y el Imperio. Consiguióla, habiéndose firmado entre Roberto, rey de Francia, y el emperador Conrado un tratado de alianza inviolable por medio de nuestro Bruno; cuya virtud admiró mas á entrambas cortes, que su rara habilidad y extraordinarios talentos.

El año de 1046 se vió precisado el santo prelado á asistir á la dieta de Wormes, adonde el emperador Enrique, hijo y sucesor de Conrado, habia convocado á todos los obispos y grandes del imperio, para extinguir el cisma de Benedicto XI, que despues de la muerte del papa Dámaso II turbaba todavía á la Iglesia. Convino toda la dieta, juntamente con los legados de Roma, en que no habia sugeto mas digno de ocupar la silla apostólica, ni mas á propósito para unir en su favor todos los ánimos, que el obispo de Toul. Una proposicion tan aplaudida de todos, solo á nuestro Santo sobresaltó estrañamente: no perdonó diligencia ni medio alguno para evitar aquella suprema dignidad: llamó en socorro de su humildad á las lágrimas, á los ruegos y á las razones. Nunca habló con tanta elocuencia, como cuando se esforzó á persuadir á toda la dieta que era conveniente y aun necesario pensar absolutamente en otro sugeto. Pero su resistencia solo sirvió para acreditar mas su eleccion. Fué, pues, canónicamente electo por sumo pontífice el obispo de Toul en la ciudad de Roma por todos los que tenían legitimo derecho para elegirle; y no pudiendo resistir mas á la voz de Dios, bien declarada en la pública aclamacion, quiso entrar en Roma con los pies descalzos. Subió al púlpito en presencia del clero y del pueblo: intentó persuadirlos que hiciesen nueva eleccion; pero fué solemnemente colocado en la cátedra de S. Pedro con el nombre de Leon IX el dia 12 de febrero, primer domingo de cuaresma del año de 1049.

Muy presto se vió restaurada la Iglesia, por el zelo y por la santidad del nuevo papa, en aquel su primer esplendor, y en aquella serenidad, que parecia haber oscurecido el funesto cisma. Fué su primer cuidado restablecer la disciplina eclesiástica, secular y regular, y reformar las costumbres en todos los estados. Convocó un concilio en Roma, y poco despues otro en Pavía para esterminar la simonia, y depuso á algunos obispos convencidos de haber incurrido en ella. Declaró nulos los matrimonios incestuosos, que se habian hecho muy frecuentes entre la nobleza; y dispuso otros reglamentos necesarios para que volviese á florecer la piedad.

Teniendo sobre sí el cuidado de toda la Iglesia, no perdonó trabajos, ni salud, ni aun á su misma vida, por atender á todas sus necesidades. Pasó los Alpes, y llegó á Sajonia en busca del emperador. Volvió á Colonia, y de allí á Toul y á Rems, donde elevó de la tierra con grande solemnidad el cuerpo de S. Remigio, llevándole sobre sus mismos sagrados hombros, y haciendo la dedicacion de su iglesia. Despues de haber celebrado en ella un

concilio, pasó á Metz, donde dedicó la iglesia de S. Arnaldo: de allí se dirigió á Maguncia, donde celebró otro concilio; y volviendo á entrar en Italia, se encaminó á Roma al principio del año siguiente, llevando consigo la alegría y el consuelo universal, que parecían haberse desterrado de aquella ciudad despues de su partida.

Mas no le permitió hacer larga mansion en ella la solicitud pastoral. Antes de acabarse el invierno salió á visitar la Pulla y las provincias vecinas: en todas partes corrigió abusos, reprimió desórdenes, é introdujo en todas la reformation de las costumbres. Vuelto á Roma celebró un concilio, en que condenó la detestable herejía de Berengario sobre el sacramento de la Eucaristía, y le escomulgó. No contento con esto, él mismo escribió un tratado contra aquel impío heresiarca, y convocó otro concilio en Verceli, que se celebró por el mes de setiembre del año siguiente de 1050, en que se halló presente el santo papa. Leyóse en pleno concilio el libro de Juan Escoto; oyéronse con horror los errores de que estaba lleno contra la Eucaristía, y el libro fué condenado y quemado públicamente. Aunque Berengario habia prometido hallarse en el concilio, no pareció en él, y fué de nuevo condenado: quisieron defenderle dos clérigos, que se decian enviados ó apoderados suyos; pero fueron confundidos y arrestados. Infatigable siempre el santo pastor por el bien de su rebaño, hizo segundo viaje á Francia y Alemania, procurando remediar por sí mismo las necesidades mas urgentes de la Iglesia, y proveyendo á otras por medio de sus legados.

Causa admiracion que aquel santo pontífice de una salud tan débil y tan quebrantada, con tantas fatigas y continuas enfermedades, pudiese atender solo á las necesidades de toda la cristiandad; hacer tantos viajes, y añadir á sus trabajos apostólicos asombrosas penitencias, que continuó hasta la muerte. Movido de su vigilancia pastoral, emprendió tercer viaje á Alemania el año de 1052 para conciliar á Andrés, rey de Hungría, con el emperador Enrique. Despues de haber cangeado con el emperador la ciudad de Bamberg, y la abadía de Fuld, que habian sido cedidas á la santa Sede por la ciudad de Benevento y sus dependencias, vino á celebrar un concilio en Mantua y otro en Roma contra el cisma de los griegos.

Por este tiempo, no pudiendo sufrir el santo pontífice los desórdenes que los normandos causaban en la Pulla, suplicó al emperador que enviase tropas para echarlos de aquella provincia; pero fueron derrotadas en la primera campaña, y el mismo santo pontífice fué sorprendido en el camino por los enem-

gos de la Iglesia y de la quietud pública, y hecho prisionero. Admirados los normandos de la majestad y de la suavidad de nuestro Santo, le trataron con el mayor respeto. De órden de su príncipe ó capitan Hunfrido fué conducido á Benevento con mucho honor. Allí estuvo cerca de un año, cuyo tiempo empleó en la meditacion, en la oracion, y en aumentar el ejercicio de las penitencias, que llegaron á ser escesivas. Ayunaba con mucho rigor los mas de los dias; vestía siempre un áspero silicio, y no tenia mas cama que el duro suelo en que estendia una sola alfombrilla, sirviéndole de almohada una piedra. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa; y dejaba continuamente el altar regado de lágrimas: lo restante del tiempo le empleaba en los negocios de la Iglesia, y en obras de caridad.

Crecia su fervor al paso que sentia se le iban debilitando las fuerzas. Saliendo una noche á hacer oracion á un oratorio algo distante de su cuarto, como lo hacia en Roma, yendo tres veces todas las semanas con los pies descalzos desde el palacio de S. Juan de Letran hasta la iglesia de S. Pedro, reparó en un rincon de la sala, donde vió un leproso medio desnudo, que causaba horror, y despedía de sí un hedor intolerable. Corrió á él el santo pontífice, cubrióle con su ropa, cargóle sobre sus espaldas, y echóle sobre su cama de respeto, en la que nunca dormía; pero apenas entró el Santo en el oratorio cuando el leproso desapareció.

Al peso de tanta solicitud, de tantos trabajos, y de tantas penitencias se rindió en fin una salud que siempre habia sido muy achacosa. Una gran debilidad, acompañada de igual inapetencia á todo género de comida, fueron anuncios de su cercana muerte. Hizose conducir desde Benevento á Roma. Los normandos, que todos habian sido ganados por él para Jesucristo, le miraban mucho tiempo habia, no como su prisionero, sino como su legítimo pastor. Acompañáronle hasta Capua, y acreditaron bien con sus copiosas lágrimas el vivo dolor que sentian en la pérdida de tan gran pontífice, á quien amaban como á padre, y veneraban como á Santo.

Luego que llegó á Roma mandó llamar á su cuarto á los cardenales, obispos, y á todo el clero, y los habló como verdadero pastor, y como santo pontífice. Mandóse despues llevar á la iglesia de S. Pedro, donde habiendo recibido la santa Uncion, hizo al Señor esta oracion fervorosa. *Señor, lleno de misericordia, y Redentor de todos los hombres, vos sois toda mi confianza y mi salvacion. Si quereis que todavia trabaje en la salud de vuestro pueblo, no rehuso el trabajo; pero si quereis llamar á vos á vuestro*

siervo, dignaos abreviar el tiempo de mi destierro. Despues hizo que le echasen en una camilla; oyó misa, recibió el santo Viático (*), y habiendo mandado que le dejasen solo con su Dios, espiró mientras estaba dando gracias el dia 19 de abril del año de 1054, á los cincuenta y dos de su edad, y el quinto de su pontificado.

Aquel mismo Señor, que habia manifestado la santidad de su siervo, mientras vivió, con gran número de milagros, mostró cuán preciosa habia sido en sus divinos ojos su dichosa muerte por las maravillas que obró en su sepultura: por lo que desde el mismo punto que espiró fué venerado como Santo de todos los fieles; tanto, que el dia de sus funerales pudo parecer el primero de su fiesta.

LOS SANTOS HERMÓGENES, CAYO, EXPEDITO, ARISTONICO,
RUFU Y GALATA, MÁRTIRES.

EL Martirologio romano hace hoy conmemoracion de estos santos mártires con la espresion de que padecieron en Mitilina, ciudad de la Armenia. Los adicionadores al P. Croiset, refiriéndose al mismo Martirologio, hacen mencion de los santos HERMÓGENES, EBODIO Y CALIXTO, diciendo que fueron martirizados en Siracusa ciudad de Sicilia; en lo cual se advierte notable contradiccion, en los nombres, en el número y lugar del martirio. Añaden luego, refiriéndose á algunos escritores, que estos santos fueron tres hermanos convertidos á la fe de Jesucristo, en tiempo de la predicacion apostólica, por cuya confesion el gobernador gentil mandó decapitarlos. Y que otros autores españoles enseñan que hallándose Hermógenes, mago de profesion, en Jerusalem, cuando regresó á Judea desde España el apóstol Santiago, convertido por éste á la religion cristiana, fué uno de sus discipulos, que se halló en su martirio, y acompañó su venerable cadáver con los demás condiscipulos hasta que le depositaron en Irriafavia, ó Compostela. Y que partiéndose de allí Hermógenes á la Italia, estando predicando la palabra de Dios en Siracusa, en tiempo de la persecucion de Neron contra la Iglesia, padeció martirio en la misma ciudad por defensa de la fe, con Ebodio y Calixto en el dia 25 de abril, que celebra la Iglesia su glorioso natalicio.

(*) Antiguamente se administraba la santa Uncion á los enfermos cuando estaban de algun peligro, y se recibia antes del Viático, reiterándose por espacio de siete dias. En el siglo xii se estableció la costumbre de no recibirla sino en el articulo de la muerte, y de no repetirla en una misma enfermedad, por algunos errores y abusos de parte de los que la recibian, y de parte de los que la administraban.

SAN VICENTE DE COLIBRE, MÁRTIR.

EN el principio del imperio de Diocleciano estaba en todo el mundo en tanta estimacion la fe y religion cristiana, que los mismos emperadores, aunque paganos, daban el gobierno de las provincias á los cristianos, y permitian en su favor, que sus mujeres, hijos y familias se sujetasen al yugo suavísimo de la fe de Jesucristo, y tratasen con toda seguridad de las cosas tocantes á su noble y santa profesion. Por muchas razones hacian esto; pero muy particularmente, porque hallaban en los cristianos tanta fidelidad para con los príncipes, cuanta nunca jamás esperimentaron en los de alguna otra profesion; y por esto mismo los libraron de las molestias y persecuciones que padecian por el santísimo nombre de Cristo. En este tiempo hicieron á muchos cristianos grandes y fueron de los mas favorecidos y estimados en el palacio del emperador, entre los cuales era aquel celebradísimo Doroteo, mayordomo mayor del emperador Diocleciano, y de Maximiano su compañero en el imperio: al cual hicieron como presidente del consejo de estado, á quien pertenecia proveer los principales oficios y cargos de la republica.

Convienen los historiadores en que Diocleciano por espacio de diez y ocho años continuos, se habia mostrado muy amoroso á los cristianos por ventura con ánimo fingido, y enderezado á reinar, como algunos quieren, viendo que Cantino con la ayuda de los soldados católicos ocupaba la Francia, y porque tenia necesidad de sus fuerzas contra los Persianos, de los cuales triunfó gloriosamente el mismo año diez y ocho. Y como su mortal odio contra el nombre de Cristo estaba tanto tiempo hacia represado en su infame corazon, ahora que se vió triunfante y glorioso, reventó la balsa, y salió de madre tan furiosa, que desde luego publicó guerra á sangre y fuego contra los cristianos, determinado con Maximiano, su compañero, y otro tal como él, á destruirlos y acabarlos del todo, en obsequio de sus falsos dioses.

Fué tan grande y cruel la persecucion de estos dos tiranos contra los católicos, que á ningunos otros dieron ventaja en ser crueles. En cualquiera ciudad ó villa del imperio en las cárceles no se hallaban presos, ni otros delincuentes que cristianos, ni en las plazas otros ajusticiados ó muertos: y como España estaba sujeta al imperio, le cupo la mayor parte de ésta persecucion. En este tiempo, pues, habia en Colibre (pueblo en la Cataluña cerca de Perpiñan) un hombre muy católico, virtuoso y gran siervo de Dios llamado Vicente: llegó á Colibre Daciano, presi-

dente general de España por los ya nombrados emperadores, y el primer católico que le presentaron, fué Vicente: al cual en vano procuró apartar de la fe de Jesucristo, y atraer á la adoración de sus falsos dioses, porque se halló siempre firme y constante: y al fin de varios tormentos, con que juzgó el tirano amedrentarlo, viendo que se cansaba en balde, y que Vicente, en el nombre traía escrito contra él su triunfo, palma y corona, que eso es Vicente ó Vincente; le quitó la vida temporal, que dió valerosamente Vicente al cuchillo, por confesar el nombre de Cristo, con que ganó la eterna, entregando su bendita alma en manos de su Criador, que colocándola en trono de gloria, le dió la corona que se ganó en el martirio. Padeció á los 19 de abril por los años del Señor 303. Escribieron su martirio Beda, Usuardo, Adón, Ambrosio de Morales en la historia general de España, el P. Domenech en su historia general de Santos de Cataluña, Sanctoro, el Martirologio romano, Baronio en sus anotaciones y otros.

Fué tan cruel el odio de estos tiranos emperadores contra los cristianos, que no contentos con quitarles las vidas despues de bárbaros cuanto inhumanos tormentos, hacian luego quemar cuantos escritos hallaban en poder de los cristianos, que pudiesen dar fe y testimonio á los venideros de los santos mártires y sus hechos gloriosos: por lo cual, y descuido grande de nuestros antepasados, hay infinitos mártires gloriosos, de quienes ninguna noticia alcanzamos, y de otros tan pocas como se ve en la presente historia. No me admira, que como el demonio sabe el provecho que se sigue á las almas de leer semejantes historias, y el daño que á él le viene, procura ocultarlas; pero no todas veces sale con su intento, antes lo mas ordinario en él es quedar burlado, y abrasado siempre; y por donde intenta ocultarlos un Vicente, mártir, queda vencido y rabiando; pues nos descubre muchos y gloriosos Vicentes, mártires españoles: como son san Vicente, diácono de Zaragoza, mártir insigne, S. Vicente de Eborá, mártir glorioso en Avila con Sta. Sabina y Cristeta hermanas, S. Vicente, mártir de Gerona, con Orancio y Victor, S. Vicente, abad del monasterio de S. Claudio, mártir célebre en tiempo de los Godos, y otros muchísimos: con que el pobre diablo se quiebra los ojos en su dañado intento, y jamás lo consigue: vaya para quien es; y nosotros esperemos siempre vencerle, por la intercesión de tantos Vicentes, como le vencieron, y triunfan gloriosos en el cielo, donde los veamos. Amen.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion de S. Leon la que sigue:

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que con motivo de la venerable festividad de tu confesor y pontífice el bienaventurado Leon, se aumente en nosotros la devocion y el deseo de la salvacion eterna. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo 1 de la de S. Pablo á los Colosenses.

Hermanos: No cesamos de orar á Dios por vosotros, y de pedirle que seais llenos de conocimiento de su voluntad con toda sabiduría é inteligencia espiritual: para que camineis de una manera digna de Dios agradándole en todo; dando fruto en toda obra buena, y creciendo en la ciencia de Dios: corroborados con toda especie de fortaleza por el glorioso poder suyo, en perfecta paciencia y longanimidad con alegría, dando gracias á Dios Padre, el cual nos hizo dignos de participar en la luz la suerte de los santos: el cual nos sacó de la potestad de las tinieblas, y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en el cual tenemos la redencion y remision de los pecados por medio de su sangre.

REFLEXIONES.

1 *No cesamos de pedir á Dios os conceda un pleno conocimiento de su voluntad, con toda la inteligencia de las cosas del espíritu, para que vuestra conducta sea digna de Dios. Non cessamus pro vobis orantes, et postulantes, ut impleamini agnitione voluntatis Dei, in omni sapientia et intellectu spiritali; ut ambuletis dignè Deo per omnia placentes.* ¿Necesitábamos mas que saber lo que Dios quiere, para poner en ejecucion con la asistencia de la divina gracia todo aquello que le agrada? Con todo eso, es mucha verdad que son pocos los que ignoran lo que Dios les pide; pero son muchos menos los que hacen lo que quiere. A todos nos predica el Evangelio su divina voluntad: las obligaciones del estado de cada uno son la mas clara publicacion de su ley: por el órgano de nuestros confesores y superiores nos manifiesta sus órdenes: no ignoramos su doctrina; ¿pero se hace mucho caso de ella? Oyese muy á sangre fria lo que manda Dios, y solo se practica lo que dicta el amor propio. El dia de hoy el móvil principal de nuestras operaciones son nuestras pasiones: todo se

arregla al gusto de ellas. A Dios apenas se le oye, y mucho menos se le obedece. ¿Es digna de Dios nuestra conducta? ¿buscamos ansiosos todos los medios para agradarle? Esta solicitud ansiosa no la debemos considerar como primor de la perfeccion, sino como cristiano deber de la religion. ¿Quién dirá que se puede servir á Dios sin mucha fidelidad, con menos ardor, sin tanto zelo? En materia de su servicio cualquiera indiferencia es especie de irreligion. No nos afanamos mucho por agradar á Dios; y es que cada uno se fabrica un ídolo de aquello que á él le agrada, y muchas veces de aquel á quien desea agradar. A vista del proceder de la mayor parte de los hombres, parece que para nada se cuenta con Dios.

En el cristianismo todo árbol estéril es reprobado: la fe sin obras es muerta: la caridad nunca está ociosa: la esperanza cristiana produce frutos en todos tiempos: talento sepultado, es talento perdido. No se permiten siervos perezosos: las vírgenes descuidadas, que acuerdan tarde para hacer provision del aceite, son desatendidas. ¿Pues qué será, Señor, de tantos y tantas, que no fructifican género alguno de buenas obras? ¿será tiempo de hacerlo allá hácia la declinacion de la edad? Árboles infructuosos, que solo producen algo en el otoño. Una vida, que se pasa la mayor parte de ella en la ociosidad y en el regalo, que reserva dar algun fruto para lo último de la estacion, nunca produce frutos que lleguen á madurar. ¡Oh cuanto tiempo perdido! ¡oh cuantos dias vacíos! La inutilidad es la ocupacion mas universal de los hombres; porque todo lo que no conduce para el cielo, es verdaderamente inútil. Negocios serios, negociaciones ruidosas, estudio que deseca, viajes largos, trabajos que fatigan; todas son ocupaciones frívolas, entretenimientos pueriles, nada brillantes, ostentadas con magníficas palabras, si no sirven para facilitar la salvacion.

El Evangelio es del cap. 13 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Si no hicieris penitencia, perecereis todos del mismo modo que aquellos diez y ocho sobre los cuales cayó la torre en Siloe, y los mató. ¿Creeis vosotros que estos ha-

yan sido tambien mas reos que todos los otros hombres habitantes en Jerusalem? Os digo que no: pero si no hicieris penitencia, perecereis todos de la misma manera.

MEDITACION.

Que en todo tiempo se debe hacer penitencia.

PUNTO PRIMERO. — Considera que como no hay tiempo en que no se pueda pecar, y en que el hombre adulto no sea pecador, ninguno hay en que no se deba hacer penitencia. La cuaresma se dice tiempo de penitencia; ¿qué quiere decir esto? Que la penitencia que entonces se hace con la abstinencia y con el ayuno es de precepto; ¿pero será por eso menos necesaria en otro tiempo? ¿tenemos menos enemigos con quienes combatir despues de Pascua, que antes de ella? ¿son menos vivas las pasiones? ¿son menos fuertes las malas costumbres? ¿son menos temibles los enemigos de nuestra salvacion, ó las tentaciones menos peligrosas? ¿Es posible que ya nada hemos quedado á deber á la divina Justicia? *Si no hicieris penitencia, todos perecereis.* ¿Puede haber mayor error que imaginar que este oráculo no es, ni habla con todos tiempos; que hay dias privilegiados, y que en ciertos tiempos del año se puede uno salvar sin hacer penitencia?

Aun cuando la penitencia de la cuaresma fuese bastante para satisfacer por los pecados pasados, lo que ninguno creo pensará sin temeraria presuncion; ¿qué dia de la vida se nos pasa sin cometer faltas, sin tener necesidad de misericordia, y sin peligros? La inocencia no tiene otro abrigo; el corazon se corrompe sin esta sal; toda virtud se marchita sin el rocío de las lágrimas. Ni la soledad, ni el mas horroroso desierto es asilo suficiente sin el socorro de la mortificacion.

Cuanto mas nos acercamos á la sepultura, mas nos debemos acostumbrar á la ceniza. Fuera de la infancia, todas las edades deben ser tiempo de penitencia para un cristiano. Busca si no en el Evangelio, que debe ser la regla de las costumbres, una edad que esté destinada para los gustos y los placeres.

¡Oh mi Dios, y qué poco gusta á los cristianos esta verdad! ¿Pero nuestro disgusto, nuestras ilusiones y nuestras preocupaciones debilitarán el vigor á las verdades del Evangelio? Ciertamente, quien mira las cosas con alguna reflexion, no puede menos de indignarse al ver la licencia que precede, y que se sigue á la cuaresma. Parece que solo en cuaresma nos reconocemos por pecadores, y que en llegando la Pascua nos queremos desquitar de las abstinencias y de los ayunos, suponiendo que la mortificacion no es de todos tiempos.

¡Cosa estraña! el mundo y las pasiones tienen sus leyes de